# Ruido

Llámenme vieja si quieren,  pero no soporto el ruido. Y aún menos a las personas ruidosas, lo que según los cánones actuales me convierte, supongo, en un ser torvo, poco *cool* y enrollado, casi en una  peligrosa sociópata. Antes, no hace tanto, hablar en voz moderada en un sitio público era sinónimo de educación, ahora lo es de bodrio, ñoco, o aburrimiento supino. Porque en estos tiempos los importante no es divertirse sino *par*ecer que está uno divirtiéndose horrores. Y para eso hay que sobreactuar, gritar y desternillarse de risa hasta de lo más idiota. “…Ah, que acabas de llegar, jajajaja, qué cojonudo, de puta madre, jajajaja. ¿Pedimos una de jamón y dos de bravas para compartir? Joder, joder, qué *fucking* caliente están, jajajaja, casi me abraso hasta el coño, jajajaja, pásame una birrita, ¿quieres? No crean que me he inventado este diálogo, es transcripción exacta del que oí (cómo no oírlo con lo que chillaban) hace un par de días. Tengo observado además que intercalar  lo que uno dice con un taco cada dos palabras también es una forma de divertirse muchísimo. Suelta uno ¡culo! y todo el mundo se troncha. Y cuantas más palabrotas enhebre uno, mejor, porque los tacos crean camaradería, afinidad, son la lengua franca del momento y si uno no habla así es un *pringao*. Todo esto, obviamente, cuando la gente *puede*  en efecto hablar, porque la invasión del ruido, bulla y bochinche es tal que hay lugares y situaciones en las que es imposible tener una conversación. El caso más obvio son las discotecas, en las que desde hace lustros  nadie se dirige la palabra a menos que quiera  coger una faringitis desgañitándose para comunicar cosas tan elementales como “Hola, ¿cómo te llamas?” o “¿Quieres un mojito?”. Pero el don del habla corre peligro de extinción también en otros muchos lugares como cafeterías, terrazas y restoranes. Se acabaron para siempre esos locales  en los que al conjuro de la luz de las velas y un buen vino se podía tener una conversación y enamorar a alguien con la palabra. Ahora hasta los establecimientos más íntimos, convencionales o caros tienen eso que llaman música ambiental, que no está compuesta de canciones reposadas, baladas  suaves ni mucho menos música de Mozart o Haydn, sino de un especie de bacalao frenético que repite hasta la náusea no ya una estrofa sino un mismo y machacón compás que se le enquista  a uno  en  profundo de las entendederas hasta quedar entre *sofronizado* y turulato. ¿Y qué decir de la música de los supermercados o las de las tiendas de modas? El otro día me enteré de que en los primeros hacen que la presunta  música sea más frenética cuando hay mucho público para que la gente vaya más de prisa y llene antes los carritos de la compra, y más modulada cuando el público es escaso de modo que mire a su alrededor y así se  sienta tentado por el contenido de cada isleta, de cada góndola. Tengo entendido que este original baile de San Vito además va acompañado de una segunda y muy sutil inducción que en este caso tiene que ver con otro de nuestros sentidos, el del olfato. Así, por ejemplo, la zona de panadería se ve inundada, y no precisamente de modo natural, de un delicioso olor a pan recién horneado que, además de incitarnos a comprar de inmediato media docena de bollos  y un par de cruasanes, envía a nuestras cándidas meninges el mensaje de que aquel es un establecimiento casero, familiar. Pero de cómo nos manejan por la nariz hablaremos otro día; volvamos ahora al asunto del ruido. Si yo creyera en teorías conspirativas pensaría que esta universal invasión del ruido no es casual. Que alguna perversa institución de ricachones internacionales, o los masones, o los rusos, o los norcoreanos se han propuesto idiotizarnos con este método y licuarnos  la sesera. Pero como no creo en ellas no me queda más remedio que maravillarme de esta especie de voluntaria involución de nuestra especie. En el principio era el verbo, dice la Biblia, pero todos sabemos que no.  Antes de la palabra  fue el ruido, la confusión, el caos. Y por lo que se ve estamos volviendo a ellos. Qué miedo.